



El Rosario – la oración predilecta de María

21



“El Rosario es síntesis de todo el evangelio, meditación de los misterios del Señor, sacrificio vespertino, corona de rosas, himno de alabanza, oración de la familia, compendio de vida cristiana, prenda segura del favor celeste y de la esperada salvación.”

—Pío XII

El Culto a la Santísima Virgen María

María, que por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres, en cuanto que es la Santísima Madre de Dios, que intervino en los misterios de Cristo, con razón es honrada con especial culto por la Iglesia. Y, en efecto, desde los tiempos más antiguos la Bienaventurada Virgen en honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles en todos sus peligros y necesidades acuden con sus súplicas.

Especialmente desde el Sínodo de Éfeso, el culto del Pueblo de Dios hacia María creció admirablemente en la veneración y en el amor, en la invocación e imitación, según palabras proféticas de ella misma: " Me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque hizo en mí cosas grandes el que es poderoso " (Lc., 1,48).

Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, aunque es del todo singular, difiere esencialmente del culto de adoración, que se rinde al Verbo Encarnado, igual que al Padre y al Espíritu Santo, y contribuye poderosamente a este culto. Pues las diversas formas de la piedad hacia la Madre de Dios, que la Iglesia ha aprobado dentro de los límites de la doctrina santa y ortodoxa, según las condiciones de los tiempos y lugares y según la índole y modo de ser de los fieles, hacen que, mientras se honra a la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (cf. Col., 1,15-16) y en quien tuvo a bien el Padre que morase toda la plenitud (Col., 1,19), sea mejor conocido, sea amado, sea glorificado y sean cumplidos sus mandamientos.

*Lumen Gentium , Cap.VIII, § 66.
Concilio Vaticano II*

“¡Con el Rosario puede obtenerse todo!... es una larga escalera que une al Cielo con la tierra: en un extremo están nuestras manos y en el otro, las de la Santísima Virgen. Mientras el Rosario sea rezado, Dios no abandonará al mundo, porque esta plegaria es muy poderosa sobre Su Corazón...”

– Santa Teresita del Niño Jesús

“Abraham creyó y esperó contra toda esperanza, llegando a ser padre de muchos pueblos”

(Romanos 4,18)

Una Corona para la Virgen

(Este antiguo relato era conocido aun antes que se rezara el Santo Rosario)

Cuentan que cierto caballero muy devoto de la Virgen acostumbraba tejer diariamente con sus manos una corona de cincuenta rosas y con ella coronar luego una estatua de la Virgen. Esto le llenaba de emoción, de modo que su fe se hacía cada día más ardiente. La Virgen premió su constancia y fidelidad llamándole a consagrarse completamente al Evangelio, de modo que se hizo monje en cierto monasterio.

Fue allí hermano lego y su prior lo dedicó a las duras labores del campo, de modo que no le quedaba tiempo para continuar realizando su piadosa costumbre: ya no podía dedicarse a hacer coronas de rosas porque no disponía de tiempo lo que le llenaba de congoja y desasosiego.

Cierto anciano monje de su monasterio le sugirió que sustituyese su ofrenda de flores por una corona espiritual formada por cincuenta Avemarías. Y así empezó a hacerlo, pero no daba con ello paz a su alma, y sentía nostalgia de aquellos días en que como caballero secular podía dedicar aquellas hermosas horas al cultivo de sus rosas y al trenzado de su corona. Una extraña tristeza le invadía, tanto que pensó si debía abandonar el monasterio para honrar mejor a la Virgen. Probablemente a Ella, como a él mismo, le parecería poco sustituir las bellísimas y tan costosas rosas por simples y breves Avemarías. De todas formas pensó que debía por lo menos seguir el rezo y continuar fiel a él a pesar de su inquietud y sus dudas.

El caso es que en cierta ocasión el prior del monasterio le envió a la ciudad con un cierto dinero para poder hacer las compras correspondientes, y allí marchó montado en su cabalgadura. Al caer la tarde recordó que aún no había cumplido su deuda de oraciones. Descendiendo de su caballo se recogió en silencio y se puso a recitar devotamente sus cincuenta Avemarías. Hete aquí que entre tanto unos ladrones le observaban desde el bosque. Ya estaban dispuestos a abalanzarse sobre él a robarle, cuando se vieron detenidos en su malvado intento por una sorprendente y maravillosa visión. Mientras el hermano, orando de rodillas iba piadosamente recitando sus Avemarías, se plantó ante él una hermosísima dama de extraordinaria belleza, dignidad y dulzura. A medida que el monje iba rezando, tomaba la Señora en sus manos unas flores que de los labios del caballero iban misteriosamente brotando. Cuando terminó el número establecido de Avemarías, aquella bella Señora terminó de formar una delicada corona con la que después ciñó su cabeza para a continuación desaparecer.

Los bandidos, tremendamente conmovidos, se echaron a los pies del hermano, que precisamente no había visto absolutamente nada, y le confesaron todo. El monje quedó vivamente impresionado y sintió un gran consuelo. Comprendió entonces que aquella mujer no era otra que la Madre de Dios, la cual aceptaba su ofrenda y premiaba así su generosa fidelidad.

Se trata de una pura y muy hermosa leyenda. Lo cual no quiere decir que sea falsa o mentirosa. Es una leyenda religiosa y didáctica, apta para mostrar algo importante y verdadero: que la oración tiene siempre un incalculable valor y belleza. (Tomado de El Camino del Rosario)

El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una oración marcadamente contemplativa. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: “Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad” (Mt 6,7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza.” (Rosarium Virginis Mariae, n°12)